



FRONTERA MÉXICO - EE UU >

La frontera aguanta el pulso del primer año de Trump: “Ya pasó el shock”

Una Ciudad Juárez vacía de migrantes, con un tejido industrial en reconfiguración y con los esfuerzos volcados en contener secuestros muestra su flexibilidad ante la inestabilidad del presidente de Estados Unidos



Frontera de México con Estados Unidos, vista desde Ciudad Juárez, al lado de Nuevo

NAZELI CRUZ



BEATRIZ GUILLÉN

Ciudad Juárez (México) - 20 ENE 2026 - 06:04 | ACTUALIZADO: 20 ENE 2026 - 10:07 CET

Yoselin López llegó a Ciudad Juárez en un [“mal día”](#). El 20 de enero de 2025, esta joven hondureña, que llevaba de la mano a su hijo Mateo, de 2 años, y estaba embarazada de siete meses, puso un pie en esta frontera. A los tres días tenía su cita para pedir asilo en Estados Unidos. Habían salido de Tegucigalpa y llegado muertos de frío en el tren que cruza México y al que todos llaman La Bestia. Los recibió una ciudad bajo cero, con el aliento contenido. A medio día estalló el shock. En los primeros minutos de su regreso a la Casa Blanca, Donald Trump [canceló la plataforma que servía para pedir refugio](#) e inició lo que todos ya sabían que quería: [un Estados Unidos sin migrantes](#). Un año después, Mateo corretea con un abriguito de dinosaurios en la entrada de la catedral, Santiago mira con ojos grandes desde los brazos de su madre, y Yoselin, que tiene solo 23 años, espera un vuelo humanitario que los repatrie a Tegucigalpa. Es mucho decir, pero lo peor aquí ha pasado ya.



No es la frontera un trozo de tierra. Parece un cerebro compartido, una materia moldeable rasgada por un muro metálico. Un mismo territorio en dos partes; ambas se enroscan y se estrujan. Fue aquí el golpe inicial. Donald Trump firmaba su primera batería de medidas presidenciales en Washington y [la migrante colombiana Margelis Tinoco se desplomaba](#) a la entrada del puente fronterizo que une Juárez con El Paso al ver su futuro hacerse añicos. El presidente republicano amenazaba desde su nuevo trono —con aranceles, con quitar el derecho por nacimiento, con intervenciones militares y deportaciones masivas— y temblaban en Juárez migrantes, empresarios y gobernantes. El mensaje se entendió rápido en la frontera, el mundo había cambiado.

[Un año después](#), pasado el miedo, la sensación es otra: ha sido mucho pero podía haber sido peor. “Te das cuenta de que la frontera se adapta, que los efectos se verán más a largo plazo. El pulso político ahora está entre Washington y Ciudad de México; Juárez se queda a la deriva de qué podría suceder entre ellos”, apunta Rodolfo Rubio, investigador en población y migraciones del Colegio de Chihuahua. Así, cree el experto, esta ciudad, de casi un millón de habitantes que ha pasado todas las crisis económicas y de seguridad, demuestra su flexibilidad. El tejido industrial se ha reconfigurado, los deportados no han llegado, los migrantes se han marchado y los esfuerzos están volcados en contener secuestros y asesinatos. En definitiva, la frontera le ha aguantado el pulso a Trump en su regreso a la Casa Blanca.

Ni deportados ni migrantes

Es de noche en el puente fronterizo El Paso Norte. Entre las luces un hombre camina despacio, viste sudadera gris y jeans. Se para frente a una cámara y alza un documento. Es Alfonso, mexicano de 46 años, originario de Zacatecas, aunque no tiene familia ni allí ni en ninguna parte de este país que lo vio nacer y también lo vio marcharse hace tres décadas. Debe enseñar su documento de deportación. Fue detenido en El Paso, donde ha vivido y trabajado todo este tiempo. Se sentía mal y llamó al servicio de



emergencias de Estados Unidos, pero en vez de mandarle una ambulancia, le enviaron a la policía. Este tipo de operaciones, explica Enrique Serrano, que dirige el Consejo Estatal de Población de Chihuahua, han empezado a verse en las últimas semanas en El Paso. “Se están dando redadas donde no se daban”, señala. Alfonso va a quedarse en Juárez, con un objetivo que no esconde, quiere regresar en cuanto pueda a donde construyó la vida los últimos 30 años.

Las cifras de la Unidad de Política Migratoria, que depende de la Secretaría de Gobernación federal, [no engañan](#): en 2025 se ha deportado al número más bajo de mexicanos de la última década. Son 144.000, 62.000 menos que el año anterior y casi la mitad que los de 2022. Las anunciadas deportaciones masivas de Trump, hasta el momento, no han sucedido. Así se quedaron como un cascarón vacío las carpas de emergencia que instaló hace justo un año el Gobierno en la frontera. Tenían capacidad para 5.000 deportados —mexicanos— de forma simultánea. “En todo el año debieron albergar a unos 3.000”, resume Serrano, que fue también alcalde de Ciudad Juárez: “Las quitaron en diciembre porque ya no había necesidad”.

El efecto Maduro

Cristina Coronado, que coordina el espacio humanitario de la Catedral, calcula que en Ciudad Juárez deben quedar ahora unos 1.500 migrantes, que están en proceso de legalizarse en México. Algunos confían en entrar en tres años cuando se vaya Trump, otros se han asentado con la esperanza de regresar con algo más que las manos vacías a su país de origen. Así está Almary Ruiz, de 45 años, de San Antonio, en Venezuela, que está ahorrando para una moto con la que trabajar cuando vuelva. “Yo ya pensaba en regresarme [pero ya con lo que pasó de Maduro...](#)”, dice la mujer, que vive en Juárez ahora con su hija de siete años: “Trump nos cerró la puerta a más de uno para entrar a Estados Unidos, pero mira, abrió Venezuela”. Tanto ella como Antonio o Nerleschka, todos de Venezuela, son conscientes de que la situación está cambiando, [pero es todavía “un proceso”](#).